

LOS BÁRBAROS

NUEVA YORK Nº 16/17

ESTADOS DEL AMOR



4. Pies

Pasó todo un día después de una noche de insomnio, de horas de tren y trabajo; y vuelvo a casa preguntándome si realmente vale la pena: el peso de las tardes en un túnel, las distancias con la familia. Abro la puerta, tiro la mochila junto a la silla de la oficina, me masajeo los pies porque me duelen y preparo la cena: corto la cebolla y la pongo encima de los bifos para que absorba el jugo. Ya casi se termina de cocer el arroz y los olores me conducen a las noches de aquel viaje que hice años atrás, antes de conocerte; dos meses entre algunas ciudades de Europa y África, con un bolso y sin compañía, un poco de ropa y los ahorros que había hecho en mi trabajo como pizzero. Caminaba y conocía gente. Después la perdía, para siempre. Amigos, compañeros de viaje, amantes. Y cada noche terminaba con un plato de comida, con arroz y carne con vegetales: era mi gesto de agradecimiento.

Acá en la cocina de nuestra casa, yo pelo las papas y las pongo a hervir y espero que vuelvas; acá estoy con un rumor en el pecho, algo que se quedó haciendo eco la otra noche, cuando dormía y vos roncabas, cuando vi la cara de las nenas en la pileta — mis sobrinas — y mi madre trayendo los sanguchitos de miga y mi viejo haciendo el asado sin remera. Es un rumor. Un quejido tapado con piedras. Las distancias son así, me digo, las formas elásticas de todos estos años, alejado de ellos. Son años que se jactan de ser incondicionales, de ser una continuidad amorfa y estable. Y yo me digo qué mierda, qué cosas éstas de creer en la estabilidad de las cosas, de una mesa y sus sillas, los platos puestos uno frente al otro. Qué maravilla, también pienso, porque los veo como restos de un paso inaudito en la trayectoria de mi vida, como residuos que tienen uso por ahora y que serán descarte en un par de meses, semanas quizás.

Espero.

Te sigo esperando mientras lleno los vasos con agua fría y se me ocurre abrir un vino, uno de los tantos que me hacen pensar en los mediodías con el noticiero y mi viejo en silencio sorbiendo su copa rebajada con soda. Pienso poner música, pero me abstengo porque el silencio me parece más amable; y siento unos pasos atravesar el pasillo de afuera y luego se abre la puerta.

Decís mi nombre, me das un abrazo y dejás tus cosas también en la oficina. Decís algo más sobre la comida, sobre las horas de sueño que sabés que no tuve y me das un beso. Te duchás y salís a mirar cómo termino de armar los platos.

Pienso a veces —aun teniéndote de frente— en ese tiempo en que me enamoré y me abandonaron, y los modos en que busqué sobrevivir; y me veo yendo al trabajo en bicicleta todas las tardes por las calles de Dublín 1, sudoroso, de frente al sol que se partía con el vuelo de las gaviotas, pedaleando fuerte y más fuerte hasta que se me hincharan los pies, figurándome que con cada metro me deshacía de esa sensación de despojo que retornaba al caer la noche. Me veo, yo, listo a dejarme ir por completo, por él, por la oportunidad de caminar de mi departamento al suyo sabiendo que lo que restaba sería dormir junto a él y despertar con una cortina suspendida sobre mi cabeza y su nuca abierta a mi lado.

Entonces, servís una copa de vino y ponés música porque a vos sí te gusta; y yo pienso con crueldad en las horas de insomnio que también pasé preguntándome por qué él no respondía, no llamaba, por qué no le importaba en absoluto lo que pasara conmigo. Te miro y me asombro —realmente— de estas circunstancias en donde la incertidumbre de repente desaparece y la cotidianeidad encubre lo macabro que es despertarse, desayunar, salir al trabajo, volver a casa y

acostarse a dormir. Pasan una canción que te gusta y me agarrás de las manos justo cuando dejo los platos listos para llevar a la mesa. Luego me abrazás por la cintura y te movés despacio, con gracia.

Entonces, siento el roce de tus pies junto a los míos. Miro al piso y noto que ambos estamos descalzos sobre la cerámica fría. Levanto un pie y lo pongo sobre el tuyo; hago lo mismo con mi otro pie. Y por unos minutos —justo antes de que te quejes del dolor— estoy parado en tu mismo lugar, sobre tus mismos pies. Se me ocurre que este espacio es una marca más de la misma trayectoria; la misma que dejó dispuestos los muebles, la rutina, las personas. Acaso este lugar tuyo ahora mío no es también elástico, como si estar parado no fuera otra cosa más que situarse donde siempre hemos estado aun cuando todo se ha movido y se ha estirado: los afectos, las personas, los objetos. Acaso se trate de una continuidad espacial, flexible, dispersa, porque todavía pervive en este sitio los otros donde me pienso andante y amistoso, donde todavía me encuentro atenazado a una persona, y a otra, y a otra, y a otra. Y ahora a vos.

Me das un beso y yo te digo que te amo; me bajo de tus pies y te los refregás con una sonrisa en la cara. Llevo los platos a la mesa, miro las sillas en su lugar, el jarrón, la lámpara que nos dieron de regalo. Me siento, te espero y miro con seguridad la posición de nuestro sofá, la alfombra, los cuadros colgando en la pared, un espejo, las cortinas que seguís acomodando cada vez que el viento las mueve. Pruebo bocado y escucho tus pasos que se acercan como un eco de mi andar entre pasillos, subiendo escaleras, cruzando calles, haciendo piruetas o dando saltos en una pista de baile. Te siento venir y te veo parado, frente a mí, como si siempre hubieras hecho de este espacio entre nosotros una virtualidad, una cuestión de metros, de danzas, entre tu lugar y el mío, una cinta por la cual andar hasta chocarse y mantener el equilibrio. No te caigás, me decís. Yo te sostengo.